

Horst Uden

# El rey de Taoro

Novela histórica de la conquista de Tenerife





*La isla de Tenerife hasta el año 1496: Los guanches habían dividido la isla en nueve menceyatos. La línea gris marca el avance de los castellanos desde Añaza (hoy Santa Cruz de Tenerife) hasta Los Realejos, donde los guanches al final se rindieron.*

Horst Uden

**El rey de Taoro**

Novela histórica de la conquista  
de Tenerife

Editorial Zech

Título del original: Der König von Taoro.  
Roman vom Kampf um Teneriffa (1941)

Eugen Kuthe (seud. Horst Uden) nació en 1898 en Silesia (Alemania) y falleció en 1973 en Málaga. Después de la primera guerra mundial, con 23 años hizo un viaje que le llevó a la ciudad de Málaga, la que sería su patria adoptiva: Aquí fundó su familia y desde aquí realizó sus viajes a más de 20 países en tres continentes; la última vez en 1960 a Venezuela y Colombia, donde había trabajado como director de hotel. Horst Uden ha reflejado sus impresiones en numerosas descripciones de viajes, poemas, dramas y novelas. En 1941 publicó en Austria la novela histórica *Der König von Taoro* (Salzburgo) y en 1946 las leyendas de Canarias *Unter dem Drachenbaum* (Aichkirchen).

Todos los derechos reservados · *All rights reserved*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editora.

© 2021 Editorial Verena Zech, Santa Úrsula (Tenerife)

Texto: Horst Uden

Traducción: Guillermo Sans Huelín y M<sup>a</sup> Mercedes Álvarez  
Vázquez

Imagen de la cubierta: Detalle de «Fundación de Santa Cruz de Tenerife», de Gumersindo Robayna 1854 (Museo Municipal de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife)

ISBN: 978-84-933108-1-3

eISBN: 978-84-948381-4-9

A Don Jacobo Ahlers (1876-1950) con agradecimiento.  
Horst Uden

# ÍNDICE

PRÓLOGO de Manuel Hernández González

PRÓLOGO de Francisco P. Montes de Oca García (†)

## I.

### LA ISLA AFORTUNADA

Los guanches

Beñesmén

El santuario de Taganana

El enemigo

El legado de Tehinerfe

El ratón y el gato

El barranco de la muerte

El 8 de junio de 1494

## II.

### LA LUCHA POR LA LIBERTAD

Preparativos

Intermezzo

La batalla de La Laguna

Guayote, el furibundo

La Cruz Blanca

Los Doce Inseparables

Hambre

III.

EL SOMETIMIENTO DE LOS GUANCHES

Victoria

Traficantes y héroes

Las alturas del Tigaiga

La sentencia de las magades

El nuevo Dios

¡Vae Victis!

Piras funerarias

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFIA

NOTAS de Francisco Javier León Álvarez

# PRÓLOGO DE MANUEL HERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Profesor Titular de Historia de América de la Universidad  
de La Laguna (2004)

El novelista alemán Horst Uden dio a la luz en 1941 en Salzburgo, Austria, en plena IIª Guerra Mundial, la novela *El Rey de Taoro*, su primera obra de tema canario. Precedió a *Bajo el Drago*. Leyendas y Tradiciones de las Islas Canarias, su texto de esa temática más conocido, que fue traducido al castellano por Guillermo Sans y editado en Burgos.

Nacido en Silesia en 1898, desde muy joven viajó por el mundo, recorriendo muchos países hasta establecerse en la ciudad Málaga, la que eligió como su patria adoptiva. En plena guerra mundial retornó a su país y luego a Austria, en la que publicó numerosas obras, tales como descripciones de viajes, novelas y poemarios. Es precisamente en esa coyuntura en la que nacieron tanto *El Rey de Taoro* como *Bajo el Drago*, la última editada en el año 1946 y 1949.

*El Rey de Taoro* es fruto de su estancia en Tenerife en los años treinta, en la que recopiló numerosos testimonios de la historiografía sobre los primitivos habitantes de Canarias por aquel entonces disponibles, en los que se puede apreciar la influencia de su prologista Francisco Montes de Oca García, el ínclito historiador del Puerto de la Cruz, recopilador de leyendas y tradiciones, en toda la faz de las islas, que con su espíritu romántico y folletinesco mostró en

centenares de artículos y en varios libros de reducido formato.

Debemos, por tanto, situar la narración de Uden en el contexto de la historiografía canaria de la época en la que la antropología física y la leyenda de la raza legendaria desaparecida seguía siendo la interpretación dominante. Esos mismos ribetes racistas en clave de la época no pueden estar ajenos en el pensamiento germánico en el que la eugenesia, el evolucionismo y la exaltación de la raza eran principios indisolubles del nacional-socialismo. Por ello no es casual que coincida en su interpretación antropológica con los postulados fisiológicos de Meyer, que la equiparaban con la raza cromañóide, dándole un origen europeo que la relaciona incluso desde la perspectiva lingüística con la raza germánica.

Sus fuentes son Viera y Clavijo, Chil y Naranjo, Rodríguez Moure, Arribas y Sánchez, A. J. Benítez y los franceses Berthelot y Bory de Saint Vincent, el británico Glas, que tradujo al inglés la Historia de la Conquista de Abreu y Galindo y los escritores en habla alemana a los que tiene acceso, entre los que podemos reseñar Löher y el joven Wölfel.

Evidentemente es una recreación literaria. Como tal no cabe duda que está influenciada por esa atmósfera romántica que tanto cultivó Montes de Oca, en la que conviven, no sin contradicción, el mito del buen salvaje que se resiste a perder la libertad con la civilización triunfante que, encarnada bajo la fe de Cristo, vence porque lleva la Cruz como portaestandarte. Uden lo deja claro «los castellanos luchaban por el Imperio y por la Cruz. Y la Cruz era lo que les daba la superioridad». Los castellanos causaban desmanes por su egoísmo, pero traían la civilización, el Dios verdadero, que a la larga conducía al progreso. No cabe duda que el germano, como Montes de

Oca, están imbuídos por esa concepción católica que les lleva paradójicamente a ensalzar al mismo tiempo la resistencia de una raza legendaria y a justificar la conquista, por la evangelización que conllevaba.

Dentro de esas claves históricas debemos de integrar este texto. Conforme a la visión dominante en aquel entonces, de la que está plenamente imbuído Uden, en la novela predominan las interpretaciones de antropología física, tamizadas por las leyendas de la conquista. Por ello debemos de tener en cuenta los errores que se desprenden en su conocimiento de la cultura aborígen, en expresiones tales como los conejos, la zarzaparrilla, que no conocían.

# PRÓLOGO DE FRANCISCO MONTES DE OCA GARCÍA (†)

Cronista Oficial de Canarias y miembro de las Reales de Historia y Bellas Artes de San Fernando (circa 1940)

En su obra *El Rey de Taoro* describe el autor Horst Uden, por primera vez en la literatura mundial, en forma narrativa, la gran lucha por la libertad de los guanches contra los conquistadores españoles. Piececita a piececita va reuniendo los elementos de tan vasto tema y presenta un mosaico de acciones heroicas llevadas a cabo por la noble raza, que estaba condenada a la desaparición eterna. La tenacidad con que se aferra a su trabajo, las indagaciones fundamentales que presenta, su rápida acomodación al espíritu y materia de aquella época, hacen del conjunto una imagen intuitiva y someten al lector a la fascinación de su pluma.

¡No hay lugar que describa que no haya sido visitado por él! Recorrió «El Barranco de la Muerte», estuvo en «Magojes» y contempló desde allí el valle de Taganana acusadamente entallado, subió a los altos del Tigaiga y se dejó deslizar, sujeto por una cuerda, a las inaccesibles grutas de Güímar.

A muchas de sus excursiones le acompañé como amigo y mentor. Le facilité el acceso a archivos privados y eclesiásticos, estuvimos juntos en el sepulcro del Capitán General de los Reyes Católicos, Don Alonso Fernández de Lugo, y contemplamos en silencio el drago de Icod, que

cuenta miles de años y que convivió con todo lo que en este libro se describe.

En su obra dibuja con una intuición digna de admiración el carácter del Mencey Bencomo y de su gran contrincante. En los «Inseparables Doce» nos hace penetrar en la manera de ser y pensar de los mercenarios. En su leyenda primitiva mezcla hábilmente la Mitología griega con el resultado de la más reciente investigación.

Tétricos suenan sus versos proféticos en el «*Tamogantem Acorán*» y como clarín de victoria resuena en nuestros oídos su «Canción de la Espada». Escuchamos el ruido de los combates que se desarrollaron en la altiplanicie de La Laguna, el estampido de cañones y falconetes, el estruendo de los basiliscos, los choques de las ballestas y los silbidos anunciadores de muerte de los guanches.

Su arte borra los siglos y nos hace participar en los acontecimientos. Nos arrodillamos con el Conde de Medina Sidonia en la penumbra de la pequeña capilla del Alcázar, y acompañamos, entristecidos, la pálida cabeza de Tinguaro a la cueva sepulcro de los reyes. Por nuestras manos corre el lindo collar de conchas, que sólo debía adornar el cuello de una reina de Taoro, nos deleitamos con los frutos dulces del madroño ...

Es una obra que se abrirá camino, una obra ante la que nadie pasará sin fijarse en ella.

«Mas de todos, Bencomo, el de Taoro,  
fue el más temido, amado y estimado  
de más vasallos, tierras y distritos ... »  
(Poema de Viana)

# I.

## LA ISLA AFORTUNADA

Quien reflexiona, ve peligros por doquier,  
quien a ciegas se precipita,  
conquista laureles inmortales ...  
(El enemigo)

### Los guanches

Un sol esplendoroso iluminaba el océano azul rojizo y esparcía las nieblas matutinas, que jugueteaban alrededor de las escarpadas peñas de la isla. Ascendió sobre la cadena oriental y contempló el amplio y floreciente valle de Arautápala, que lentamente despertaba de su sueño veraniego. Suavemente se extendían hasta el mar los lozanos campos, en cuyas lindes se erguían nudosos dragos, rígidos e inmóviles, semejantes a caballeros armados montando la guardia.

Los rayos solares se deslizaban sobre los empinados murallones rocosos esparcidos por los altos del Tigaiga, y bailaban juguetones a la entrada de la espaciosa cueva real, la estancia del anciano quebehi Bencomo, príncipe supremo de los guanches. Ante él se extendía un estrecho balcón con un macizo banco de piedra, semejante a un

trono esculpido en la roca por mano de cíclope, que proporcionaba una amplia visión del valle a sus pies y al que daba sombra un enorme pino canario.

Un estrecho sendero rocoso conducía en descenso hacia el Tagoror, el lugar de los Consejos y de los Juicios, en cuyo centro un drago, con más de mil años, el símbolo de Taoro, esparcía su corona abovedada.<sup>1)</sup> Rodeaban a la espaciosa plaza altos laureles, airoas palmeras en abanico y cedros decorativos.

Hacía más de un siglo que Tehinerfe el Grande había repartido la isla entre sus nueve hijos. A Imobach, el mayor, le entregó el fructífero valle de Aautápala, y sin protesta alguna, reconocieron desde entonces los príncipes de las otras tribus la hegemonía del mencey de Taoro. Había además otra razón para ello: Taoro no era sólo el lugar más rico, sino el más fuerte de la isla.

Si se describe un semicírculo en la peñascosa costa norte, entre la Punta de Anaga y la Punta de Teno, su periferia corre sobre la cadena oriental y meridional, para elevarse por las empinadas cumbres del Tigaiga y descender hacia el mar. En el centro de dicho semicírculo, entre la cadena sur y el mar, se extendía una amplia faja de impenetrable selva virgen. Sólo una senda estrecha y sinuosa la cruzaba y establecía el enlace entre el valle de Aautápala y Taoro, situado en las pendientes del Tigaiga. Taoro era el burgo invencible, Aautápala la rica tierra feudal que le pertenecía.

En las inaccesibles cuevas del Tigaiga vivían los más valientes guerreros de los guanches, dispuestos, a una voz de mando de su príncipe, a lanzarse al campo para reducir a la obediencia a cualquier tribu insubordinada. Sus armas principales eran la piedra lanzada a mano, que siempre daba en el blanco, el hacha de combate y la aguzada lanza de madera, dura como el hierro. En el cinturón de su

tamarco, una camisa de piel, llevaban la afilada tabona, un cuchillo de obsidiana que sabían manejar con destreza. Con terribles gritos de guerra se lanzaban sobre seguro contra el enemigo, hacían rodar sobre él grandes peñascos desde las laderas y eran incomparables en el combate cuerpo a cuerpo. Quien no poseía escudo alguno, sacado de la corteza del drago, se envolvía el tamarco en el brazo izquierdo y luchaba desnudo, sólo provisto de un taparrabo.

Si bien los guanches se mostraban inflexibles contra el enemigo que se les resistía, se comportaban, en cambio, noblemente con los vencidos. Los prisioneros eran curados de sus heridas, canjeados y a menudo puestos en libertad con obsequios.

No existían animales salvajes en su afortunada isla, ni la más pequeña serpiente venenosa. El único a quien temían era Guayote, el demonio, el cual moraba en el Echeyde que vomitaba fuego (Echeyde, Infierno o Teide: el Pico de Tenerife).

Cuando éste se encolerizaba, lanzaba rocas candentes de sus entrañas y por su boca se desparramaba un ancho río de fuego. Aniquilaba todo lo que encontraba en su camino, abrasando los fructíferos campos. Desde su interior soplaban al azul tigo, el cielo, vapores oscuros y venenosos, que oscurecían al brillante magec, el sol, y a la vez que el mar se encolerizaba, se apercibían sordos truenos que llegaban a las profundidades del bosque. El fuego del Demonio tumbaba los árboles que encontraba a su paso y se deslizaba, furioso, sobre los roquedales.

Entonces los atemorizados guanches se refugiaban en sus guaridas, acurrucados entre las ovejas, cabras y perros que se apretujaban unos contra otros, escuchando los ruidos infernales y rogando a Acorán, su Dios, que les auxiliase y salvase.

Su fe era infantil y sencilla como ellos mismos. Dios creó a los hombres; a unos les dió rebaños, tierra y agua, a otros les dijo: «¡Servid a los primeros, y éstos os darán lo necesario!» Toda la tierra pertenecía al mencey, el cual la distribuía durante la vida del individuo, y después volvía a él.

Su alimento principal se componía de gofio, trigo tostado y pulverizado después, que mezclaban con leche o agua; de setas, higos, jugosos frutos del mocán y del madroño, de zarzamoras, dátiles y piñones. Pero sobre todo preferían la carne de cabra y del conejo silvestre. Como bocado exquisito durante el guatativoa, el banquete, comían perros jóvenes, castrados y engordados.

Los guanches respetaban a sus mujeres y cumplían la promesa dada. El que se encontraba a una joven en un solitario camino de montaña, le cedía respetuoso el paso y no le hablaba.

La administración de justicia dependía exclusivamente del mencey. Su palabra era ley: los ladrones eran azotados, los hijos que injuriaban a sus padres, eran apedreados, los asesinos eran arrojados al mar desde los empinados roquedales del Tigaiga y los adúlteros enterrados en vida. Todos los demás eran castigados igual a como habían delinquido: ojo por ojo y diente por diente.

El oro les era desconocido, así como los demás metales y las bebidas alcohólicas. En los banquetes mezclaban agua con jugos de frutas.

Para curar sus enfermedades bebían el jugo rojo del drago, que denominaban «sangre del drago».

Los guanches poseían gran habilidad para tejer cestas, esteras y redes de pescar con juncos, así como una especie de mochila con hojas de palmera. Con huesos y espinas de pescado fabricaban anzuelos y agujas, con tripas hacían hilos y cuerdas. Cuernos de cabra sujetos a un tablero,

servían de arado. Sus vasijas eran de arcilla o de madera dura.

También hubo artistas entre ellos; pintaban sobre piedras lisas con ocre y otros colores terrosos y eran maestros en el tratamiento de pieles de animales, con las que confeccionaban prendas de vestir, cobertores y asientos. Su habilidad para preparar las pieles no era inferior a la de los mejores artífices de Mogador y Tafílete.

Aunque eran insulares, no sabían nadar. También les eran desconocidos los botes. Pescaban con anzuelo desde los riscos o se introducían en el mar con el agua hasta el pecho, manteniendo entre ellos la red de juncos. Durante la noche encendían antorchas y arponeaban a los peces. También extraían del arbusto tabaiba, la *Euphorbia canariensis*, un jugo lechoso que vertían en los remansos tranquilos y lagunas y narcotizaban con él a los peces.

Sus mujeres se adornaban con conchas, flores y brazaletes. Con arcilla cocida fabricaban piezas cilíndricas que coloreaban de rojo y ensartaban en hilos que llevaban como al cuello, como collar.

## Beñesmén

El anciano quebehi salió de su cueva y protegió sus ojos con la mano, de la cruda luz de la mañana. Se destacaba su elevada figura, aún erguida; su clara y tranquila mirada denotaba el orgullo del soberano, así como su inteligencia e hidalguía. Los cabellos blancos caían sobre sus hombros.

Inmóvil contemplaba el mar, como si rememorase cosas lejanas en el tiempo y considerase el desconocido porvenir. Diligentes, unidas y en paz vivían las tribus de los guanches en esta isla perdida en el inmenso océano. ¿Sucedería

siempre lo mismo? Las preocupaciones cruzaban por su mente y dió por eso un profundo suspiro. Después se dejó caer en el banco de roca bajo el elevado pino canario. Desde la bahía soplaba un aire fresco y las copas de las esbeltas palmeras datileras se inclinaban con la brisa.

La mirada de Bencomo recorrió el espacioso valle de Arautápala y se detuvo sobre el Tagoror, a sus pies. Era beñesmén, la gran fiesta de la cosecha que todos los años se celebraba con juegos, luchas y banquetes. Para él la fiesta de hoy tenía una significación especial: era la última que había de presidir Bencomo como soberano de Taoro, como poderoso príncipe de la isla Tehinerfe. Lentamente pasó su mano sobre las muescas que siempre había labrado, al final de cada banquete, en el tronco del magnífico pino, con su bien afilada tabona: eran más de cuatro veces el número de dedos que tenía en ambas manos.

Hacía ya mucho tiempo que había sido coronado como soberano de Taoro, cuando era un joven arrogante. Pero le parecía que había sido ayer cuando los príncipes y nobles se postraban ante él, besaban sus xercos, sandalias, y le honraban con el saludo real: «*¡Zahaniat Guayohec!*» ¡Yo soy tu vasallo!

Su decisión era firme: hoy quería entregar el cetro a su hijo Durimán y proclamarle mencey de Taoro.

Las risas y el ruido de piedras rodando que venían desde el Tagoror, interrumpieron los pensamientos del anciano. Por el angosto sendero pedregoso ascendían dos jóvenes, delante su nieto Ruimán, un muchacho rubio y alto. Le seguía a corta distancia Dácil, la hermana. Ruimán se arrojó al suelo, mientras Dácil abrazaba cariñosamente al abuelo. Amoroso atrajo el anciano a ambos junto a él, al banco de piedra.

Dácil estaba ya ataviada con traje de fiesta. Su pecho juvenil, respirando aceleradamente, se elevaba visiblemente bajo el suave tamarco. Un estrecho cinturón rodeaba su reducido talle. Sus pies calzaban guaicás, botas de piel, adornadas. Alrededor del cuello llevaba collares de conchas y en el pelo blancas y olorosas flores de guaidil.

Ruimán era un joven de ojos claros, de porte orgulloso, consciente de sí mismo, y radiante como el alba. Un aire similar debía haber tenido Bencomo en otros tiempos, cuando aún regía su tío abuelo y él dirigía las luchas, como joven príncipe, en los beñesmén.

Mientras Ruimán contemplaba soñador la extensión del mar, comenzó Dácil a hablar rápida e ingenuamente: «¿Es cierto que padre será hoy hecho mencey, como murmuran las mujeres en las cuevas mientras tejen las esteras? ¿Puedo bailar con Guacimara en la fiesta? Ya hace dos inviernos que no la he visto ...» Y, con curiosidad, añadió: «¿Has invitado también a Añaterve, el príncipe de Güímar?»

Al oír estas palabras, frunció el viejo la frente y la miró de reojo. Después dijo despacio: «Si ... a todos ... también a él. Como tú sabes no me agrada, y no veo con gusto que hables con él. Tiene algo de astucia en su mirada ...»

En este punto le interrumpió la exclamación de Ruimán: «¡Padre viene de regreso de la caza, de su cinturón cuelgan conejos silvestres!»

Por la pendiente opuesta descendía ligero un hombre musculoso. Oculto un momento tras unas rocas, apareció de nuevo e hizo señas. Detrás de él se divisaba un gran perro isleño, peludo, que ladraba de alegría. Ruimán se llevó ambas manos a la boca y gritó: «¡Chacán, aquí!».

Con grandes saltos se precipitó el animal por la ladera abajo sobre matorrales y pedregales, desapareció en la

hondonada y poco después saltaba junto al hijo de su amo, el cual acarició su suave piel.

El padre apareció entonces por el barranco y ascendió hasta el balcón. Él, se inclinó con respeto ante el anciano quebehi. A continuación abrazó a sus hijos. Era un hombre alto, arrogante, con cabellera rubia, nariz griega, barbilla saliente que denotaba energía, y ojos astutos. Su noble porte delataba al nacido príncipe.

Pronto reinó la animación en el Tagoror. De todas partes acudían hombres, mujeres y niños. Llevaban en sus manos palmas, flores silvestres, flores de guaidil y ramas de laurel, con las que adornaron el lugar. Bajo el gran drago se extendían esteras de junco y pieles, y el añepa, estandarte del príncipe, fue clavado en el suelo.

Ruimán y Dácil no permanecieron allí por más tiempo. Se levantaron de pronto y corrieron hacia abajo, para ayudar en los preparativos de la gran fiesta.

El anciano Bencomo permaneció sólo con su hijo en el balcón. En silencio sentado el uno al lado del otro, preocupados con sus pensamientos. De modo semejante debió Telémaco, el hijo de Odiseo, contemplar el mar Egeo junto al anciano y sabio Nestor y escuchar sus doctrinas. Pesada se apoyaba la mano del príncipe sobre el hombro del joven Bencomo. Con lentitud, parsimoniosamente, comenzó a hablar:

«¡Durimán, hijo mío! Sé que eres un descendiente noble, justo, valiente y digno de tus grandes antepasados. Desde joven te dí la mejor educación, como correspondía a un príncipe de Taoro. Tu tío Tinguaro, el más grande caudillo desde los tiempos de Tigaiga, te instruyó en el arte de la guerra. La piedra arrojada por tu mano no deja nunca de dar en el blanco, y ninguna bestia se escapa al seguro golpe de tu lanza. Sencilla es tu manera de vivir como la de

tus abuelos, grande tu prestigio entre los príncipes de la isla.

Las inexpugnables alturas de Taoro, el rico valle de Arautápala, el cariño y respeto que nos manifiestan nuestros súbditos a nosotros, a los nietos del gran Tehinerfe, su proverbial valor, su superioridad en número, te aseguran para siempre el dominio sobre la isla, si fuese preciso, recurriendo a la fuerza!»

Al llegar aquí se interrumpió el anciano, como si sus pensamientos retrocediesen a tiempos lejanos, para proseguir después:

«¡La fuerza! Es el recurso más seguro, más rápido, más varonil contra el enemigo, pero - también el más peligroso. - Produce heridas, que aunque cicatricen, difícilmente se olvidan: un día se abren e impregnan la tierra con sangre nueva.

También yo, cuando tú aún eras un niño, me ví obligado a declarar la guerra. No me forzó a ello ni la juventud, ni el ansia de dominio, ni el afán de poder, sino el legado sagrado de Tehinerfe. Así dominé las revueltas de Güímar y Abona, así vencí a las tribus de Daute y Adeje. Sin embargo con un gobierno justo y prudente supe curar las heridas producidas y conseguí que fuesen amigos míos los antiguos enemigos. Pero has de saber: el testamento sagrado que Tehinerfe dió a su hijo favorito Imobach, en el lecho de muerte, dice así: «Evita la guerra fratricida, siempre que puedas, y sólo recurre a la fuerza cuando esté en peligro la unidad del pueblo guanche. Un día vendrá por el mar un gran enemigo, que os amenazará. Seréis invencibles, mientras os comportéis como un hombre».»

«¿Un gran enemigo?»

El joven Bencomo dió un salto y cogió la lanza que apoyaba en el pino. La ira se reflejaba en sus ojos y en las venas de sus sienes. También Chacán se había movido

dispuesto a saltar para abalanzarse sobre un enemigo invisible.

Tranquilizándole, el anciano le hizo sentar de nuevo en el banco: «Desde hace tiempo hay extranjeros en nuestra tierra, que se han establecido en Güímar, en los dominios del príncipe Añaterve. Llegaron una mañana sobre un pájaro negro con alas blancas, que llamamos argujon, el barco. A menudo he podido observar estos monstruos, cuando en la lejanía del mar se acercaban a Benahore. Llevan muchos hombres sobre sus espaldas y en su vientre y deben ser servidores de Guayote, el que vive en el Echejde y quiere aniquilar a nuestro pueblo.

Hasta ahora son muy pocos los que activan su misteriosa esencia. Hombres de confianza me informaron, que llevan tamarcos largos y negros que llegan hasta el suelo y sobre el pecho una cruz pendiente de un cordón. No son guerreros ni tampoco llevan armas. Pertenecen al poderoso pueblo hispano y se denominan cristianos. Dicen ser enviados de Dios, pero no de Acorán, en quien nosotros creemos, sino de un ser poderoso, desconocido, que vive sobre el Tigot y les protege. Llaman pater a su sigoñe, su jefe. Es un hombre de edad, con ojos brillantes y extáticos, ante el que se ponen de rodillas, pasan un dedo tres veces sobre la frente, boca y pecho.

Al principio se reían todos del extraño comportamiento de estos extranjeros, pero después ocurrió algo maravilloso. Una mañana, al despertar dentro de la cueva de Atbínico, donde había pasado la noche, un pastor de Añaterve vió junto a él, en la oscuridad, una elevada figura de mujer, con vestimenta larga llena de pliegues, una corona luminosa sobre la cabeza y una paloma blanca en la mano.

Al principio creyó que era un ser vivo, pero pronto se convenció de que se trataba de una figura artística de

madera. ¡Nunca había visto nada semejante! ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿La habían colocado en aquel recinto los extranjeros mientras él dormía? Se apresuró a salir de la cueva para dar la noticia en Güímar.

Como petrificado permaneció ante la gruta, no queriendo dar crédito a lo que sus ojos veían: una larga comitiva de hombres, muy próximos unos a otros, ascendía por el empinado sendero rocoso. Delante marchaba el pater, con las manos cruzadas y la cabeza inclinada humildemente hacia el suelo. Le seguían sus servidores vestidos con largos tamarcos negros. A ellos se habían incorporado hombres, mujeres y niños, en cuyos rostros se reflejaban curiosidad y temor a un tiempo. ¿Qué significaba esto? ¿Qué había sucedido? ¿Tenía esto algo que ver con la figura que quedaba detrás de él, en la gruta, en actitud rígida e inquietante?

Cada vez se aproximaba más la larga hilera, hasta hacer alto ante la entrada de la cueva. Los extranjeros cayeron de rodillas, murmurando palabras incomprensibles. Después se levantó el pater y entró, seguido de sus servidores, en tanto el pueblo permanecía fuera.

Pronto se oyó en el interior un canto profundo y sostenido. Con precaución se asomó el pastor a la entrada, seguido de otros curiosos.

Lo que vieron les pareció misterioso y desconcertante. Los extranjeros habían encendido antorchas y las habían colocado en los salientes de la roca. De un recipiente brillante, que hacía oscilar a derecha e izquierda uno de los servidores, salía un humo suavemente aromático como el zumo de la tabaiba, que envolviendo a la doncella daba la sensación de que ésta flotaba en el aire. El adorno sobre su cabeza brillaba como los rayos del sol matutino, mientras la blanca paloma, a la luz oscilante de las antorchas, parecía mover las alas.

Entonces se volvió el pater, elevó ambos brazos al cielo, los extendió como si quisiese abrazar a todos y comenzó a hablar al pueblo:

«¡Gente de Güímar! ¡Una gran ventura sale a vuestro encuentro! Sois los escogidos entre todas las tribus del pueblo guanche. Cristo, nuestro Dios todopoderoso, os ha enviado una señal visible de su gracia. ¡Miradla! Esta santa doncella es su Madre milagrosa, que desde ahora habitará en esta gruta, la que vosotros llamáis Atbinico. Ella protegerá a los creyentes y castigará a los pecadores, curará heridas y sanará enfermos, es inmortal y extenderá sus manos protectoras sobre vosotros, vuestros hijos y sobre los hijos de vuestros hijos, si abjuráis del falso Acorán y os volvéis al único Dios, Cristo. ¡Recemos!» Diciendo esto se puso de rodillas y con él sus servidores, en tanto el pueblo retrocedía atemorizado.

En este momento se destacó del gentío, Zerdeto, uno de los más valientes guerreros de Güímar. Sostenía en su mano un grueso pedrusco. «¡Guanches!» gritó, «¡estos extranjeros son unos embusteros, que están aliados con Guayote, el Demonio! ¡No creáis sus vacías palabras! ¿Que la que está ahí en la gruta es la madre de un Dios poderoso? ¿Ese tronco de madera pintado con los colores del Demonio? ¿Debéis arrodillaros ante él y honrarle con el saludo «*Zahaniat Guayohec*», que sólo se debe hacer al rey? ¡Cómo me llamo Zerdeto y me coloco en primera fila cuando se trata de combatir, prometo aplastar la cabeza a esa ridícula madre de Dios!» Después retrocedió unos pasos y arrojó con furia la gruesa piedra contra la imagen.

¿Pero qué ocurrió? ¡La piedra no dió en el blanco! ¿Había engañado la luz oscilante al maestro en el lanzamiento de piedras, había enturbiado la ira sus ojos, o le había aturdido el humo de la vasija brillante? Con estrépito golpeó el pedrusco el muro de roca.

En el mismo instante cayó Zerdeto al suelo, dando un grito. Cuando le levantaron, colgaba el brazo derecho, con el que había lanzado la piedra, como muerto. Se le había atrofiado, como una rama muerta de un pino. La gente huyó atemorizada de la gruta descendiendo por la escarpada senda, y ocultándose en las cuevas se imploró a Acorán rogándole que aniquilase al hechicero extranjero.

Cuando Añaterve se enteró de lo sucedido, mandó buscar a Zerdeto. El joven y valiente guerrero parecía haber envejecido varios años en las pocas horas transcurridas. Temblaba, hablaba balbuceando confuso, sin coherencia. En silencio escuchó Añaterve el sorprendente relato y permaneció en su gruta, sumido en meditación.

Poco después entró en ella el pater. Jamás he podido saber lo que ambos hablaron hasta bien entrada la noche.

Tres días y tres noches permaneció Añaterve sin dejarse ver; después llamó a sus sigoñes y guerreros y una vez reunidos, les anunció que los cristianos quedaban bajo su protección y que él les daba en propiedad la gruta de Atbinico.

Zerdeto languidecía, adelgazaba, su cabello se volvía blanco y una mañana lo encontraron muerto en su yacija.

Pasó mucho tiempo y enfermó Ico, la hermana preferida de Añaterve. Primero se quejó de dolores en todos los miembros, después despreció bebidas y alimentos, se apoderó de ella la fiebre y en sus sueños llamaba constantemente al nuevo Dios. Se la envolvió en hojas de laurel húmedas, se le hizo beber sangre de drago, pero de nada sirvió. Su estado era cada vez peor.

Entonces dispuso Añaterve que llevarsen a la enferma a la gruta de Atbinico, donde habitaba la milagrosa Madre del nuevo Dios, que se llama María.

Al aproximarse a la entrada las parihuelas con la princesa, salió el padre e hizo sobre Ico la señal de la cruz.

Después sus servidores introdujeron en la gruta a la enferma, a la que seguía Añaterve.

Era la primera vez que él se encontraba delante de la Santa Virgen. Su mirada permaneció fija en la corona brillante que adornaba su cabeza, que a la luz de las antorchas reflejaba múltiples destellos.

Todos se arrojaron al suelo como poseídos de un terror desconocido, también Añaterve. Pero Ico se puso en pie, luego se postró ante la Virgen y besó la orla de su plegado tamarco.

Al ver el padre y sus servidores lo sucedido, elevaron un cántico de acción de gracias y ensalzaron la omnipotencia de su Dios, que había realizado el milagro de la curación de Ico. El pueblo que aguardaba afuera exteriorizó su júbilo, exclamando: <¡Salve, María de la Luz! ¡Desde ahora serás la diosa protectora de nuestra tribu!> <sup>2)</sup>

Por la noche tuvo lugar la gran fiesta en el Tagoror de Güímar. Al día siguiente se hizo cristiano Añaterve y con él su pueblo. Desde entonces arden antorchas constantemente en la gruta de Atbinico y cada siete días recorre el abrupto sendero una larga fila de indígenas, para venerar a la <Santa Virgen de la Luz>. En cabeza marcha Añaterve y tras él los que en su día fueron orgullosos guerreros de Güímar, encorvados, con ceniza en la cabeza, rezando plegarias. Le siguen mujeres, niños y ancianos ...»

Hasta ahora había escuchado en silencio el joven Bencomo a su padre, pero ahora le interrumpió.

«¿Y por qué no llamas a tus guerreros, matas a los extranjeros o los expulsas del lugar? ¿No pelagra la unidad de las tribus de los guanches? ¿No son el enemigo que anunció el gran Tehinerfe?».

«¡Sigue escuchando, Durimán, hijo mío! También a mi me asaltó al principio la misma idea. Mas después envié a la

montaña en secreto al joven príncipe Badenol, el hermano de Acaymo, príncipe de Tacoronte, disfrazado de pastor. Lo que a su regreso me informó, fue bien extraño, aunque me tranquilizó y me hizo desistir de la violencia.

«Estos cristianos son gente de paz», dijo, «que sólo hacen el bien. Cultivan la tierra alrededor de la gruta de Atbinico, visitan a los enfermos y muribundos en sus cuevas y les dirigen palabras de consuelo. Nunca llevan armas y tampoco parecen poseer ninguna. Viven, además, aparte y no tienen contacto con mujeres.

En ocasiones viene por el mar un gran pájaro negro con alas blancas y les trae regalos que reparten entre los nuestros: collares con cruces blancas, en las que está representado su Dios, antorchas amarillas de una masa blanca que llaman velas, tamarcos de variados colores para mujeres y doncellas ...

Es cierto que muchos guanches de Güímar veneran al nuevo Dios, pero más que a él te respetan a tí, ¡Oh mencey de Taoro!, y a tus antepasados. Si tú los llamas, acudirían todos los guerreros a tu alrededor como un solo hombre.»

Después de reflexionar sobre todo lo que había oído, me convencí de que Badenol tenía razón. Los foráneos eran gente de paz e inofensivos. Si les hiciese matar o les expulsase del lugar, acudirían probablemente guerreros de su país de origen, para vengarles. Comprendí que lo mejor era prescindir de ellos. ¿Qué peligro podía amenazar al poderoso pueblo de los guanches un puñado de hombres desarmados, que permanecían aislados? Veía claro, que si recurría a la violencia contra los extranjeros, se hacía inevitable una guerra fratricida. Mas si los dejaba en paz, evitaba el odio y rencor y cumplía así el legado de mis grandes antepasados.»

Se interrumpió por un momento, contempló con una mirada de cariño a su hijo y abrazándole prosiguió:

«Hoy, Durimán, te entrego con gozo el dominio sobre la población guanche, que se mantiene unida y poderosa. ¡No olvides las últimas palabras del noble Tehinerfe! Procura mantener siempre la paz entre las tribus y aborrece la guerra fratricida, pues: ¡La violencia trae consigo violencia! ¡Pero si algún día llega sobre el mar el gran enemigo, sal a su encuentro al frente de tus guerreros, pues entonces estará en juego la libertad de los guanches!»

El claro sol de la tarde luce sobre el Tagoror dispuesto para la fiesta. Bajo los gigantescos laureles que rodean el amplio lugar, reina una viva actividad. De todas partes acude el gentío para celebrar el beñesmén, la gran fiesta de la cosecha. Hombres, mujeres y niños de todos los lugares de la isla se habían apresurado, para honrar a su querido príncipe, el anciano quehebí Bencomo, y al propio Acorán.

Se veían allí orgullosos guerreros de las montañas de Tegueste, hermosas y altas mujeres de Anaga, jóvenes rubios y musculosos de Tacoronte que no disimulaban su impaciencia por el comienzo de las luchas; pescadores tostados por el sol y el aire, de Adeje, Abona y Güímar y silenciosos habitantes de las montañas de Icod.

Todos llevaban vestidos de día de fiesta: tamarcos que caían dejando libres los pies, ceñidas huirmas, polainas de cuero, y altas y fuertes guaicas. Los escudos de los guerreros y las lanzas estaban rodeados de flores.

Las mujeres y las jovencitas se habían puesto sus mejores galas: collares de conchas blancas del mismo tamaño, ensartadas en hilos, lindos caracoles y olorosas flores del guaidil en el cabello. Sus flexibles tamarcos, sostenidos sobre las caderas con un ancho cinturón, llegaban hasta el suelo. Al andar, una mirada curiosa sólo

descubría el delgado pie, encajado en la sandalia ligera de anchas correas.

Poco a poco se ocuparon los asientos tallados en piedra, que rodeaban la amplia plaza, y delante de ellos se sentaron en la arena los jóvenes y las muchachas. Con señas se saludaban los amigos que no habían vuelto a verse desde el último beñesmén, se oían llamadas en todas direcciones y los parientes se abrazaban.

Se percibió entonces el sonido prolongado de un fatú, cuerno o concha, por el ámbito del Tagoror, quebrándose en los escarpados riscos del Tigaiga. Se hizo entonces un profundo silencio. Todos los ojos se fijaron en la cueva real, en cuya entrada apareció la erguida cabeza del anciano quebehí.

Permaneció de pie bajo el gran pino y recorrió con su mirada a todos sus súbditos, que se habían levantado de sus asientos. Después, extendió su brazo para saludar, con la palma de la mano hacia abajo, como si quisiese expresar con este movimiento, que todos estaban bajo su protección. Un grito de júbilo lanzado por miles de voces, respondió a su gesto.

Lentamente descendió por el sendero abierto en la roca, al Tagoror, y detrás de él su hijo, seguidos por Ruimán y Dácil. Silencioso junto a los pies de su amo, con la cabeza alta, la boca abierta en la que destacaban las fuertes mandíbulas, avanzaba Chacán, majestuoso, orgulloso, como si fuera consciente de la fiesta que se celebraba.

El círculo se abrió y el pueblo se inclinó con respeto cuando entraron los cuatro en el recinto, dirigiéndose hacia el drago. Bajó el añepa, el estandarte, el viejo Bencomo y permaneció de pie un instante, después se sentó sobre el bloque de roca recubierto de pieles.

De nuevo se abrió el círculo y entraron los príncipes y nobles de las diversas tribus. Delante marchaba el todavía